

Fe y Cultura: Paradigmas paulinos

En Corinto: La locura de Dios

(2 de 2)



Dr. Justo L. González

Universidad Interamericana
Puerto Rico

Fe y Cultura: Paradigmas paulinos
En Corinto: La locura de Dios
(2 de 2)

Esta mañana analizábamos el discurso de Pablo en el Areópago de Atenas, y subrayábamos el aspecto positivo de ese discurso. Parte de lo que Pablo dice es que los atenienses, con todo y no conocer al Dios verdadero, ya en cierto sentido le adoran. Sobre esa base, señalábamos que un aspecto de la enseñanza de la religión a nivel universitario consiste en mostrar el carácter religioso de todos los estudios universitarios, a la usanza de los antiguos escritores cristianos (los llamados "Padres" de la Iglesia), quienes afirmaban que, puesto que el Verbo o Logos de Dios que se ha manifestado en Jesucristo es el mismo Verbo que estuvo activo en la creación original, y el mismo Verbo que sigue activo en toda creación y en todo conocimiento, los cristianos han de reconocer la presencia y acción de ese Verbo doquiera aparezca algún destello de verdad y de bondad.

Esto, sin embargo, es sólo un aspecto de la función de los estudios religiosos en el ámbito universitario. Si esta mañana decidí comenzar por él, ello se debió a que es quizá el aspecto más descuidado y olvidado en los círculos religiosos contemporáneos.

El discurso mismo de Pablo en Atenas nos muestra otra dimensión que es necesario recordar. Si lo medimos en términos de los resultados alcanzados, el discurso de Pablo en Atenas, y quizá toda su misión allí, fue uno de sus más notables fracasos. Todo lo que nos dice el libro de Hechos es que algunos creyeron, y que entre ellos se contaban Dionisio el Areopagita y una mujer llamada Dámaris. Después, en todo el resto del Nuevo Testamento y en la más antigua

literatura cristiana, no tenemos siquiera noticias de que la obra de Pablo en Atenas haya resultado en la fundación de una iglesia.

Pablo pudo haber evitado ese fracaso. Al comienzo de su discurso, dio muestras de conocer los principios retóricos de la época. Hasta el versículo 29, todo parece ir viento en popa. Pablo se ha ganado la benevolencia de sus oyentes, declarando que son personas religiosas, y hasta quizá se ha ganado algo de su respeto citando a Epiménides, a Cleantes y a Arato. Todo lo que hubiera tenido que hacer era dar por terminado su discurso en este punto, y posiblemente sus oyentes le habrían aceptado como sabio y filósofo, al igual que ellos.

Pero no. A partir del versículo 30, Pablo empieza a introducir unos temas que no podían sino molestar y hasta escandalizar a quienes le escuchaban: "Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia (y 'esta ignorancia' se refiere a buena parte de la religiosidad ateniense) ahora manda a todos en todo lugar que se arrepientan, por cuanto ha designado un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos."

Y es entonces, cuando le escuchan hablar de Jesucristo y de la resurrección, que sus oyentes empiezan a burlarse y abandonan el lugar.

Todo lo que Pablo hubiera tenido que hacer para evitar ese fracaso era omitir lo que dice en los versículos 30 y 31. Seguramente Pablo sabía que lo que estaba a punto de decir no sería bien

recibido. Pudo callárselo, y haber pasado por buen filósofo y orador. Pero no. Así y todo, lo dijo; porque de no haberlo dicho su predicación, con todo y ser exitosa, hubiera sido falsa.

Esta es una lección que necesitamos recordar en nuestras iglesias. La verdadera predicación del evangelio no se mide solamente a base de resultados, sino también y ante todo a base de su fidelidad. En nuestros días se ha hecho muy fácil ganarse numerosos adeptos predicando un evangelio desencarnado, como si todo tuviera que ver únicamente con ir al cielo, y Dios no se ocupara de la tierra, o como si en lugar de seres humanos fuésemos ángeles flotando en las nubes. Y se predica también un evangelio falso según el cual al que es cristiano todo le saldrá como desea, y no tendrá problemas. Lo que es más, hasta se admira a los evangelistas que, a base de su predicación por los medios de comunicación en masa, viven en lujosas mansiones, pues se piensa que esas mansiones son el premio por su fidelidad. Todo esto es falso evangelio. Y sin embargo, porque tiene éxito se sigue predicando. Contamos el número de personas que acuden a la iglesia o al estadio a escuchar esta predicación, y aunque sabemos que el mensaje bíblico es mucho más que esto, nos alegramos porque las cifras son elevadas. Desde este punto de vista, un buen predicador es quien logra atraer multitudes, no importa lo que les diga.

El ejemplo de Pablo es todo lo contrario. Pablo predica la verdad. Sí trata de ganarse la benevolencia de sus oyentes, como se ve en los primeros versículos de su discurso. Pero no quiere esa benevolencia al precio de no ser fiel al mensaje. En algunos casos, como en Atenas, el éxito es bien poco. En otros, su predicación resulta en persecución. Pero de no haber sido por esa firmeza en el testimonio del apóstol, las iglesias fundadas por él no hubieran resistido la persecución que vino poco después.

Nos es imposible saber lo que el futuro les traerá a nuestras iglesias. Sí hay indicios de que será un futuro difícil, en el que la iglesia tendrá que responder a retos antes insospechados. Habrá enormes convulsiones económicas, sociales y políticas en nuestra sociedad. Es posible y hasta probable que en algunos lugares los cristianos tengan que enfrentarse a presiones insospechadas. También es probable que en otros las autoridades traten de ganarse el apoyo de la iglesia. En tan diversas circunstancias, la obediencia de la iglesia dependerá del modo en que se haya preparado mediante una comprensión del evangelio profunda y correcta. La pregunta que tenemos que hacernos entonces es: ¿Sabremos, como Pablo, ofrecerle a nuestro pueblo esa enseñanza y predicación, aunque no sean siempre bien recibidas?

Por alguna razón que Hechos no explica, Pablo decidió seguir viaje a Corinto sin esperar por Silas y Timoteo. Hechos no nos da detalles sobre lo que enseñó allí. Pero sí tenemos la correspondencia de Pablo dirigida a los corintios, donde encontramos otro aspecto del paradigma paulino que sirve para completar y equilibrar lo que dijimos esta mañana.

Allí, en el primer capítulo de la Primera Epístola a los Corintios, encontramos palabras que conviene recordar cuando tratamos sobre el tema de fe y cultura, o cuando nos ocupamos más específicamente de la enseñanza de la religión dentro del ámbito universitario:

¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo?

Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación.

Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios.

Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres.

Al leer estas palabras inmediatamente después de estudiar el discurso de Pablo en Atenas, casi nos parece que durante su estadía en Corinto, y luego en su relación con la iglesia de Corinto, Pablo estaba reflexionando sobre su experiencia en el Areópago.

Estudiemos el pasaje brevemente. En él, Pablo parece dividir a la humanidad en dos grupos: los judíos y los gentiles, a quienes también llama "griegos". Los judíos, dice Pablo, piden "señales". Aunque en otros pasajes del Nuevo Testamento el término "señales" se aplica a los milagros, lo más probable es que aquí Pablo se esté refiriendo a esas señales de santidad y de ortodoxia que tanto tuvo que discutir a través de todo su ministerio: la circuncisión, la dieta alimenticia, las obras de la ley. Nótese de pasada que Pablo no dice que las "señales" sean malas. No es que los judíos sean hipócritas, o que no sean verdaderamente religiosos. No, sino todo lo contrario. Pablo se refiere a los judíos, porque ellos son lo mejor que hay en materia de religión y de obediencia.

En todo caso, lo que aquí nos interesa, más que los judíos, son los gentiles, quienes según Pablo piden sabiduría. Ya desde antes de llegar a Corinto, en el Areópago de Atenas, los griegos le habían pedido sabiduría. Además, Pablo tenía sobradas razones para admirar la sabiduría de los griegos, como las tenían todos sus contemporáneos. Cuando en el mundo mediterráneo de aquella época se hablaba de "filosofía" --es decir, de amor a la sabiduría-- esto se refería a toda una larga tradición en la que los griegos por largo tiempo habían tomado la delantera. Si los judíos se distinguían por su religiosidad, los griegos eran famosos por su sabiduría. La filosofía

griega se estudiaba, no solamente en la vieja Academia de Atenas, sino en el Museo de Alejandría, en las escuelas de Roma, y hasta probablemente en algunas escuelas rabínicas de la Diáspora. De hecho, hasta el más famoso escritor judío de la generación inmediatamente anterior a la de Pablo había dado por sentado que, cuando de sabiduría se trataba, había que ir a beber a las fuentes griegas. Lo que es más, hasta el día de hoy aquella vieja sabiduría griega se sigue haciendo sentir, pues son pocos los cursos universitarios sobre la historia de la filosofía que no comienzan con un estudio de la antigua filosofía griega.

Dicho esto, la estructura del pasaje se ve claramente: De un lado los judíos, que pidan señales. Del otro los griegos, que piden sabiduría. (En ambos casos, Pablo no está hablando de abstracciones, sino de experiencias muy concretas de su propio ministerio. A Atenas había llegado huyendo de los judíos que querían matarle en Berea, porque no veían en él señales de ortodoxia. De Atenas había salido sin grandes resultados, porque los griegos que le escucharon no vieron en él muestras de sabiduría.)

Tanto los judíos como los griegos tienen de qué jactarse. Nadie como los judíos daba señales de santidad y de obediencia. Y nadie como los griegos daba señales de sabiduría.

Frente a ambos, sin embargo, Pablo insiste en que tales logros humanos no bastan. "Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; más para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios."

Quizá al escribir estas palabras pensaba Pablo en aquella experiencia, unos pocos años antes, en el Areópago de Atenas, donde los griegos se burlaron de él, porque lo que predicaba era locura.

Para muchas personas, la presencia de un departamento de religión en una universidad es una locura. El ideal de la universidad es un centro de estudios y de investigación objetiva, donde todo se someta al análisis crítico, y donde solamente tengan lugar aquellas ideas y teorías que logren sobrevivir el más agudo escrutinio crítico. Dentro de tales parámetros, ¿qué lugar puede tener la religión?

Un modo de encontrarle lugar a la religión en el ámbito universitario es hacer de la religión un campo de estudio científico y objetivo, que se sujete a todos los cánones de las ciencias empíricas. Tal fue el ideal de las universidades alemanas del siglo pasado, donde se pretendía estudiar la religión únicamente como un fenómeno histórico y social, aplicándole los mismos principios de investigación que se aplicaban en las ciencias históricas y sociales. Este movimiento comenzó ya en la segunda mitad del siglo XVIII, con la publicación del libro de Hermann Samuel Reimarus, *Defensa para los adoradores racionales de Dios*. Continuó después en la Escuela de Tubinga, que trató de aplicarles a los estudios del Nuevo Testamento las teorías de Hegel, y culminó a fines del siglo XIX y principios del XX con la Religionsgeschichtliche Schule o Escuela de la Historia de las Religiones, en las personas de Bousset y Troeltsch.

Frecuentemente, tales esfuerzos buscaban descubrir la "esencia" del cristianismo, reduciéndolo a lo más mínimo y más sencillo. Tal es el caso del famoso resumen de esa esencia de Adolph

von Harnack, quien declaró que el cristianismo no era sino las enseñanzas de Jesús, y que éstas se podían resumir en tres puntos: (1) El reino de Dios y su venida; (2) La paternidad de Dios y el valor absoluto del alma humana; y (3) La justicia superior y el mandamiento del amor.

Aunque hay mucho de valor en el uso del método histórico-crítico para el estudio de las religiones, y a través de él hemos aprendido mucho sobre la historia del cristianismo, sobre la formación de la Biblia y otros asuntos, lo cierto es que el método mismo también deja mucho que desear. Es como tratar de estudiar fisiología a base del estudio y disección de cadáveres. Ese estudio nos enseñará mucha anatomía; pero la fisiología necesita el estudio del cuerpo vivo, y no únicamente del cadáver frío.

Por otra parte, este método histórico-crítico, tan pregonado como absolutamente objetivo y científico, no lo es tanto. Ya a principios de este siglo Alberto Schweitzer declaraba que la famosa búsqueda del Jesús histórico, a que el siglo XIX le había dedicado tantos esfuerzos, era un callejón sin salida, pues los investigadores supuestamente objetivos no llegaban sino a un Jesús que era reflejo de ellos mismos y de sus propios ideales. En fecha más reciente muchos han demostrado que el método mismo no fue sino un reflejo ideológico del grupo social dentro del cual funcionó. Y en fecha todavía más reciente se ha cuestionado si el fin de la modernidad no implica también el ocaso de tales ideales de objetividad científica.

Sea cual sea el caso, lo cierto es que toda esa tradición teológica, que trataba de encontrar un lugar para los estudios de religión dentro del ambiente académico sujetando la religión a cánones tomados de otras disciplinas, da la impresión de ser una nueva versión del discurso de

Pablo en el Areópago. Pero de un discurso truncado, sin aquellos versículos 30 y 31 que le crearon problemas. Es como si Pablo se hubiera limitado a decirles a los atenienses que eran gentes muy religiosas, que el Dios a quien él predicaba era el mismo que ya ellos adoraban en su altar al "Dios no conocido", y que por tanto podían volver a su casa muy contentos y satisfechos. En cierto sentido, tal discurso en el Areópago hubiera sido todo un exitazo. Pero en un sentido más profundo hubiera sido un profundo fracaso. De igual modo, el intento de ganar para la religión un escaño entre las ciencias empíricas puede parecer un gran éxito, y hasta hacer que se nos respete como investigadores y profesores universitarios; pero en un sentido más profundo sería una triste capitulación y un fracaso.

Hay otro modo de concebir el lugar de los estudios religiosos en el ambiente universitario. Ese modo comienza, como decíamos esta mañana, tratando de descubrir y de aceptar la acción y la presencia de Dios en todos los campos de investigación, en todos los descubrimientos, en todas las preguntas y las angustias que caracterizan la vida universitaria. Como aquél "Dios desconocido" de los atenienses, Dios actúa incógnito hasta en las investigaciones del más ateo de los científicos. Parte de la tarea de un departamento de religión en la universidad, o de un centro para el fomento de la fe cristiana, está en reconocer, desvelar y proclamar ese Dios incógnito, ese "Dios no conocido" a quien hasta los paganos atenienses adoran, aun sin saberlo.

Pero ese modo da entonces un paso más allá, y pasa a lo que Pablo dice en aquellos últimos dos versículos de su discurso en el Areópago, o en todo este pasaje de Corintios. Sin descontar el valor de la sabiduría de los griegos, declara que, con todo y lo excelso de esa sabiduría, no

basta para alcanzar a Dios. Y por tanto, "porque el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación."

"El mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría." Dicho de otra manera, en palabras de Ortega y Gasset, "la razón es una breve zona de claridad analítica que se abre entre dos estratos insondables de irracionalidad." El argumento de Ortega es que la razón analítica opera a base de descomponer lo que se estudia en sus elementos esenciales; pero por definición el elemento esencial es incapaz de análisis, y es por tanto irracional. Y lo mismo puede decirse en la dirección contraria, de la razón sintética que busca principios universales. Por eso, dice Ortega, "razonar es un puro combinar visiones irrazonables. ... Todo lo que es más de esto degenera en racionalismo." Y continúa: "Arbitrariamente se supone que los estratos de la realidad donde no penetra nuestra mente están hechos del mismo tejido que el breve trozo conocido, no advirtiendo que si éste es conocido se debe a que acaso sea el único cuya estructura coincide con nuestra razón. ... A despecho de las apariencias, el racionalismo no es una actitud propiamente contemplativa, sino más bien imperativa. [En el racionalismo] Pensar no es ver, sino legislar, mandar."¹ Y luego, en otro lugar, añade Ortega, refiriéndose al racionalismo científico y filosófico, que para él "la razón era una fe. Por eso, y sólo por eso --no por otros atributos y gracias peculiares--, pudo combatir con la fe religiosa hasta entonces vigente."²

Esto es lo que los elementos racionalistas dentro del ambiente universitario no quieren oír --y es también muy parecido a lo que los filósofos del Areópago tampoco querían oír. Que la razón, que los métodos de análisis cuantitativo, que la experimentación, al mismo tiempo que tienen

un lugar importante en nuestro acercamiento a la realidad, no constituyen la realidad misma; que hay razones que la razón no comprende. Que ésta es la razón por la cual, como diría Pablo, "el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría." No porque la ciencia sea falsa. No porque la ciencia no haya avanzado lo suficiente. Sino porque la ciencia es cierta y correcta en su propio ámbito, y ese ámbito no constituye la totalidad de la vida ni de la realidad.

Es aquí que la comunidad de fe, y los estudios religiosos desde una perspectiva de fe --no ya sola y sencillamente desde una perspectiva histórico-crítica-- tienen su lugar y su contribución en el ámbito universitario. Hay siempre en ese ámbito elementos que, precisamente por el buen éxito de sus investigaciones y sus experimentos, llegan a pensar que los métodos que se emplean en su disciplina bastan para entender toda la realidad humana. Hay hasta quien llega a imaginarse que esos métodos bastan para determinar lo que ha de ser la vida verdadera y auténtica. Como un sabio griego que se imaginara que su sabiduría era tal que podía alcanzar las realidades últimas.

AETH

Tal actitud se entiende, porque la criatura humana tiene que buscar un ancla a la cual asirse en las marejadas de la vida. Los atenienses se asían de sus dioses y de su filosofía. Los judíos se aferraban a sus ritos y sus leyes. Los griegos se enorgullecían de su sabiduría, y todo lo medían a base de la sabiduría. Los judíos se aferraban a su religión, y todo lo medían a base de las señales de religiosidad. Y en el mundo moderno, o en la universidad moderna, los tecnócratas se asen a su tecnología, los ingenieros a sus fórmulas, y los sociólogos a sus estadísticas.

Pero el hecho es que, mientras más avanza nuestra tecnología, más nos damos cuenta a la vez de su poder y de su vacuidad. Cada vez sabemos más lo que podemos hacer; pero sabemos menos lo que hemos de hacer. Cada vez sabemos más sobre el funcionamiento de las cosas, pero menos de su sentido y propósito. Cada vez tenemos más poder, más posibilidades, y al mismo tiempo nos encontramos más perplejos en cuanto al modo en que hemos de emplear ese poder y esas posibilidades. Ya Pablo lo dijo y nos lo advirtió: "el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría".

Es aquí que interviene una seria tentación para nosotros, las personas religiosas, quienes participamos de la vida de la iglesia, o de empresas tales como este "Centro para el fomento de la fe cristiana". La tentación consiste en decirles a nuestros colegas y nuestras compañeras que, puesto que la sabiduría técnico-científica no sirva para alcanzar las respuestas últimas, han de seguir el camino de la religión. La religión alcanza lo que la ciencia no puede.

Pero cuidado. En el pasaje de Corintios Pablo habla, no solamente de los griegos que piden sabiduría, sino también de los judíos que piden señales. Para los griegos la cruz de Cristo es locura; pero para los judíos es tropezadero. Si la sabiduría, con todo y ser buena, no basta para conocer a Dios, la religión, con todo y ser buena, tampoco basta. No es cuestión de que la escalera científica no alcance para llegar al cielo, y nos haga falta la escalera más alta de la religión. Tampoco es cuestión de que los judíos estén equivocados en su religión, y haga falta una religión mejor. Es cuestión de que toda escalera está condenada al fracaso. Pablo lo dice bien claro: "¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde el disputador de este siglo?" El sabio era el filósofo griego entendido en toda sabiduría. El escriba era el experto en las

Escrituras y en la religiosidad. En términos contemporáneos, podríamos decir, ¿dónde está el científico? ¿Dónde está el pastor? ¿Dónde está el teólogo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo?

Lo que Pablo está diciendo no es que haya que cambiar de escalera, o que en lugar de ser sabio haya que ser religioso. Lo que Pablo está diciendo es que, puesto que nos es imposible alcanzar al cielo, el cielo nos ha alcanzado a nosotros. Por extraño que parezca, y por mucho que no le guste ni a la persona que se las da de sabia ni a la que se las da de religiosa, "predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; más para los llamados, así judíos como griegos, Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios."

En el Areópago, los sabios se burlaron de Pablo. En Corinto, los judíos le acusaron ante las autoridades de practicar una religión falsa. ¿por qué? Porque a los unos les dijo que su sabiduría no bastaba, y a los otros les dijo que su religiosidad tampoco bastaba. En la universidad, los estudios religiosos, si son fieles a su vocación, nunca han de tener lugar seguro. ¿por qué? Porque por un lado habrá quienes les dirán que no son propiamente científicos, críticos y objetivos. Y por el otro lado habrá quienes quieran convertirlos en propaganda religiosa, en la promoción de una serie de prácticas, doctrinas y ritos mediante los cuales se pretende alcanzar a Dios.

Notas

1. "Ni vitalismo ni racionalismo", en *Obras completas* (Madrid: Revista de Occidente, 1947), VI:277, 279.
2. "Historia como sistema", *Obras*, VI:46.